

EL INGENIOSO HIDALGO

Eduardo Langagne

Don Miguel de Cervantes,
anciano ya
y manco y desdentado,
inicia la lección mayor
de nuestra vida:

un octosílabo
que todos repetimos
En un lugar de La Mancha.

Agrega un endecasílabo
clásico y formal
de cuyo nombre no quiero acordarme,
acaso más culto y refinado.

El primero es popular,
 ibérico,
 castellano,
 manchego,

el otro
importado
por Boscán y Garcilaso
desde la bota
que los mapas calzan
con orgullo milenario.

¿Es la mala memoria voluntaria
de cuyo nombre no quiero acordarme,
o es el culto lirismo
del mester de clerecía?

El primero lo cantan
los juglares
acompañados
de un laúd que tañe
agudo
como un refrán
sentencioso.

Es la voz popular
la que da inicio
a la más portentosa
lección de nuestro idioma.